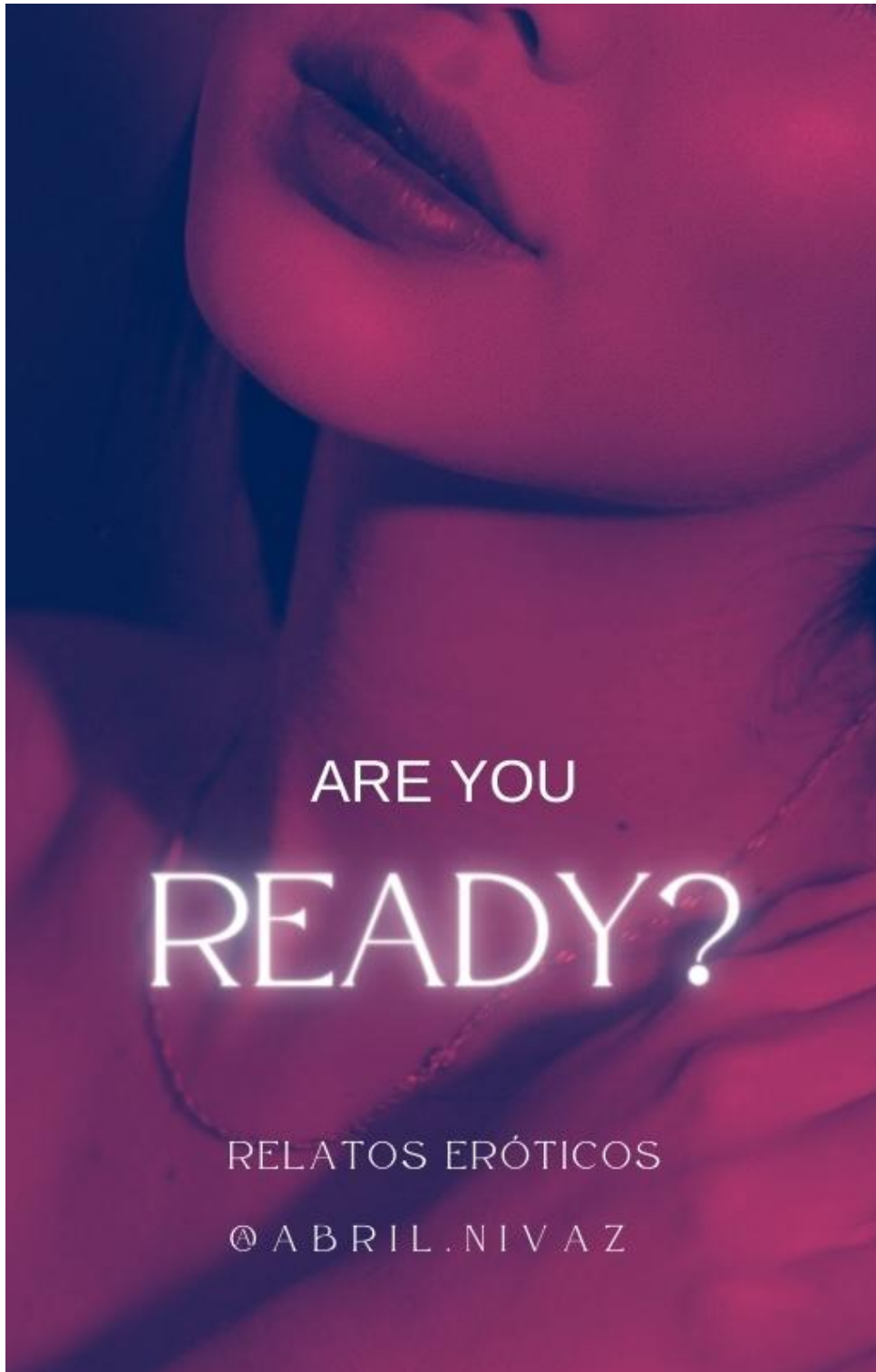


ARE YOU READY?

Abril Nívaz



Capítulo 1

INCENDIO

—No te contengas, Julia... —me dijo mordiéndome la oreja.

Suspiré con las mejillas sonrojadas, más por la excitación que por el pudor, aunque lo cierto es que sí, me estaba conteniendo y Adam lo sabía. Sus dedos me hacían vibrar, los deslizaba arriba y abajo sobre mi sexo, con movimientos rítmicos, pero lentos. Yo los sentía cada vez más suaves, más húmedos y, sin embargo, trataba de contenerme. Resoplé acalorada y me mordí el labio atrayéndole más. Quería tenerle más cerca, sentirle más, apretarle más. Más, más, más... Adam y yo llevábamos juntos apenas dos meses y el sexo con él nunca me parecía bastante. Siempre quería más...

—Vamos, déjalo salir. Sé tú, fóllame sin miedo.

Mis ojos se anclaron en los suyos, le miré muy profundo pensando en lo hipnótica que me parecía su mirada; su iris azul como el agua de esas playas vírgenes preciosas en que el mar es turquesa, limpio, cristalino, un paraíso. Sí, eso era él para mí: el puto paraíso. Le agarré por la nuca con cierta brusquedad y le besé, le saboreé con mi lengua. Su lengua y la mía, follando. Descendí, desabroché su pantalón e introduje la mano sin apartarle la vista.

—Desde que te conocí, ya no sé quién soy... —susurré excitada.

—Eres tú, mi niña. Esta que eres ahora, también eres tú... Y me gusta.

—A mí también me gusta...

Su polla entre mis dedos estaba dura, lista para fundirse conmigo. Me senté sobre la cama abriendo las piernas y él se arrodilló frente a mí como para venerarme, adorarme, rezarme o suplicarme. No lo sé, Adam quería morir en mí y yo..., yo quería morir en él. Los dos éramos unos suicidas. ¿Suicidas del amor? ¿O del sexo? Me tumbé con los ojos cerrados y las piernas apoyadas sobre sus hombros mientras él me llevaba, poco a poco, a la cima del placer. Su lengua y sus dedos jugaban a volverme loca y yo, por supuesto, me volvía loca. Gemí, primero bajito y luego sin miedo, sin censura. Simplemente la dejé salir, a esa otra Julia que también era yo, que también formaba parte de mí y que llevaba años enjaulada. La dejé salir, al fin, sintiéndome libre, preparada para vibrar, para sentir, para follar, pero, sobre todo, preparada para vivir. La vida al lado de Adam me resultaba demasiado tentadora como para desperdiciarla y esa era,

quizás, la lección más valiosa que había sacado de enamorarme de él. La vida es zorra, sí, pero vale la pena follársela.

—Quiero más. Te quiero a ti.

—Ya me tienes, preciosa —respondió apretándome los muslos.

—Te quiero dentro, Adam... —dije entre quejidos, casi suplicándole.

Él se incorporó y, sujetándome por la cintura, me elevó para colocarme mejor en la cama. Tumbado sobre mí, todavía con los vaqueros puestos y su polla a punto de atravesar la tela como una flecha, me besó con pasión y yo comencé a derretirme poco a poco, acariciando su pelo, su nuca, su barba, su pecho. Gemí de nuevo entre quejidos igual que una cría caprichosa, impaciente, exigiendo más y exigiéndolo ya.

—No puedo más, joder. No puedo más... —gimoteé.

Le bajé el pantalón con brusquedad, también la ropa interior y abrí más las piernas. Yo estaba totalmente desnuda a punto de volverme hoguera y solo quería quemarme, joder. Quería abrasarme, derretirme, fundirme, pulverizarme; volverme putas cenizas y desaparecer de la maldita faz de la tierra. Desaparecer sí, pero con él. Hacerlo con él y sentir que el tiempo podía detenerse, aunque solo fuera en mi mente, en el recuerdo que viviría por siempre en mí. Detener el jodido reloj y atesorarlo dentro, en mi corazón, en mi sexo. En mi memoria él y yo seríamos siempre esa hoguera ardiendo, las llamas creciendo, el incendio devorándonos... Quería perder el control y no temer, lanzarme al vacío sin miedo a morir. Y eso, justamente eso, es lo que era Adam para mí. La adicción a la puta adrenalina. La muerte rondándote y tú aferrándote más a la vida, arriesgándote y, aun así, jugándotela porque después de probar el éxtasis, la vida sin intensidad ya no te basta.

Él, ya desnudo sobre mí, se hizo uno conmigo. Su sexo y el mío arañaban el placer, conectaban, encajaban como dos engranajes perfectos. Él y yo éramos uno y nada más importaba. Nada flotaba en el aire, el miedo, las dudas, los celos... ¡Nada! Nada flotaba, solo el aire condensado, el sudor, la respiración acelerada y el deseo que ya casi no nos cabía en el cuerpo. Joder, lo que él y yo teníamos traspasaba la maldita línea y el sexo, a veces, me provocaba miedo. ¿Y si solo éramos dos cuerpos hambrientos? ¿Y si después del festín ya no quedaba nada? ¿Y si no me amaba?

—Te quiero... —musité.

Le apreté más contra mi pelvis empujándole con las piernas y Adam aceleró besándome el cuello.

—¡Te quiero, joder! —repetí más excitada.

—Te quiero, morena —suspiró él.

Su cuerpo vibraba junto al mío. Adam se incorporó un poco para dejarme espacio y entonces me llevé la mano al clítoris, la sangre ardía en mis venas, todo mi cuerpo se tensó, el orgasmo estaba cerca y mi corazón cabalgaba rápido, igual que nosotros. Mi sexo latiendo al mismo ritmo que el corazón. Sí, joder, él y yo estábamos hambrientos, sedientos de sexo y... de amor. Yo le quería, le amaba.

Y él... ¿él latía por mí igual que yo latía por él?

Capítulo 2

SORRY

—¿Puedo pasar? —preguntó ella justo cuando él estaba bajando la verja.

Él se hizo a un lado y luego bajó la verja un poco más. Nan-Da resopló al entrar, fuera empezaba a llover, así que se había librado de una buena. Estaban a finales de octubre, casi a punto de terminar las lluvias monzónicas, y la temperatura era soportable precisamente gracias a eso.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —respondió ella quitándose la fina chaqueta que llevaba puesta.

Dentro del local hacía calor, el viejo ventilador del techo no funcionaba. Aquel era un bar de mala muerte, oscuro y descuidado, situado en una modesta calle de la ciudad de Yangon, donde no era habitual encontrar chicos como aquel. Por eso, Nan-Da estaba sorprendida de haberle conocido ahí.

—¿Hoy no tienes ningún concierto? —le preguntó él situándose tras la barra para seguir recogiendo.

—No, pero puedo cantar aquí, si quieres...

Sus miradas se cruzaron. Hacía casi un mes que se conocían. A principios de octubre, Nan-Da entró en aquel garito casi a punto de abandonar su sueño, cansada de intentarlo, de recibir negativas, desprecios e indiferencia. Pero aquel día, en aquel bar de mala muerte, justo allí, donde nada parecía brillar, volvió a hallar la esperanza... ¿La ilusión de empezar de nuevo? Tal vez aquello solo era una señal, la señal de que los sueños nunca mueren mientras una siga viva. Y ella, maldita sea, ella rebosaba vida, ilusión, ganas y... deseo. También rebosaba eso.

Esa tarde de principios de octubre sus miradas se cruzaron por primera vez mientras ella cantaba, acompañada de una guitarra española, una versión en acústico de la canción *All Of Me* de John Legend. Él la miró pensando en lo bonitos que sonaban aquellos acordes, aquellas notas salidas de sus labios. Ella era preciosa, joder. Y durante unos minutos, lo logró. Nan-Da había logrado lo que nadie hasta entonces. En su mente nada se escuchaba, nada más que la canción, solo su voz, como un eco,

como si aquello fuera un mantra sagrado tratando de curar la herida.

—*Someone will love you, someone will love you, someone will love you, but someone isn't me...* —Ella cantó, a capela, parte de la canción Sorry, de Halsey, mirándole a los ojos—. Mi pequeño concierto... —dijo al terminar.

Él suspiró y tragó saliva intentando mantener intacta la coraza; ser ese tipo duro al que nada le afectaba, pero ella sabía que dentro de él había algo que todavía dolía y supuraba. Y aunque fuera contradictorio, ella, a veces, deseaba ser la herida, el pus infectado, la flecha en su corazón.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le preguntó con mirada pícaro.

—¿Un secreto? ¿Estás segura? —Él le siguió el juego.

Unos segundos de suspense y después:

—Siempre quise saber cómo besa un español... —Su tono de voz sonó dulce y sensual.

Él la miró de reojo desde el otro lado de la barra y bajó la cabeza. Parecía timidez, pero no lo era. Era un montón de dolor escondido tras la armadura que, a menudo, prefería hacer pasar por pudor o por indiferencia. Nan-Da cogió las riendas y se atrevió a dar un paso más. Rodeó la barra y se puso a su lado.

—¿Por qué? —le preguntó, confundiéndole.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué está trabajando aquí alguien como tú?

Él sonrió y no respondió. Simplemente siguió secando y guardando los vasos de tubo que le quedaban sobre la barra.

—Tú y yo somos parecidos... —le dijo ella, provocándole curiosidad.

—Ah, ¿sí?

Nan-Da asintió y, acercándose más, añadió:

—Yo también estoy sola... —Se hizo el silencio, los dos se miraron a los ojos—. ¿Quieres que me vaya? Acarició su barba con muchísima delicadeza.

—No... —susurró él.

—Entonces, déjame que te bese...

Sus labios se rozaron muy despacio, a cámara lenta. Aquel instante parecía hacerse eterno bajo la tenue luz de aquel bar. Hacía mucho que él no tocaba otra piel y el vello se le erizó cuando el pasado le disparó a bocajarro. Ya nadie estaría esperándole en casa, nadie le pediría explicaciones y, sin embargo, sentía la traición dentro. Su corazón seguía siendo de otra y a veces temía volverse loco. Joder, ¿y si no lograba olvidarla nunca? ¿Era esa la vida que le esperaba ahora? ¿Agonizar por ella un día y otro, y otro...? ¿Buscarla en cada una de las mujeres que se cruzaran por su vida y no encontrarla nunca?

Ella le besó más y él se dejó llevar reteniendo una lágrima casi a punto de invadirle. La estrechó contra su cuerpo tratando de frenar el golpe y el aire se impregnó de olor a sexo y a olvido. Sus camisetas terminaron en el suelo y las caricias y los besos se volvieron más intensos.

—Vamos allí... —le dijo ella cogiéndole de la mano.

Nan-Da le empujó contra un pequeño sillón de cuero negro, viejo y desgastado, y allí mismo comenzó a lamerle desde el pecho hasta su pelvis. Desabrochó su pantalón y se la sacó. Estaba dura; él deseándola a ella y ella..., a él. Le lamió y succionó hasta casi hacerle enloquecer. Hasta casi... hacerle olvidar. Casi. Siempre casi. Ella siempre sería, para él, ese casi, pero no. Nan-Da se incorporó algunos minutos después, ansiosa, y se quitó la falda y las bragas frente a él. Ya no quería perder ni un solo segundo. Quería seguir probándole y asegurarse de que aquel era un buen bocado.

—Joder, vas a matarme... —dijo él, excitado.

—Muere conmigo, Adam, vamos.

Ella se sentó sobre su polla y sus cuerpos se fundieron. Ambos huían de la soledad, del miedo, de aquello que un día les había hecho sentir vivos y ahora, simplemente, vacíos. Se hicieron uno, follaron y, por un momento, lo olvidaron. Ya no estaban solos.

Y ella, ella no era ella, pero a veces...

Joder, a veces se parecía tanto...